

HAMBRE DE GLORIA

VÍCTOR FERNÁNDEZ CORREAS

HAMBRE
DE GLORIA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: junio de 2024

© Víctor Fernández Correas, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6268-8

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 10592-2024

Impreso en España

*A la memoria de María García Correas
y Marie-Josèphe Pastré*

«Los reyes usan a los hombres como si
fuesen naranjas, primero exprimen el jugo
y luego tiran la cáscara».

Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel,
tercer duque de Alba

Sumario

Dramatis personae	13
Mapas	16
PRÓLOGO	19
EL REGRESO DEL SOLDADO	25
UN REINO POR CONQUISTAR.	145
EL RÍO DE LA MUERTE	543
UN FUTURO POR ESCRIBIR	653
EPÍLOGO	685

Dramatis personae

PERSONAJES ESPAÑOLES

(con asterisco, personajes reales)

Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba (*)

Felipe II, rey de España (*)

Juan de Soto

Agustín Yáñez

Andrés de Ávalos

Juan de Salazar

Cristóbal de Moura (*)

Álvaro de Bazán y Guzmán, marqués de Santa Cruz (*)

Sancho Dávila (*)

Álvaro de Luna y Sarmiento (*)

Antonio Enríquez

Hernando de Toledo, hijo bastardo del duque de Alba (*)

Fray Luis de Granada (*)

Duarte de Castro

Inés Arias

Lorenzo Díaz

Próspero Colonna (*)

Juan de Albornoz (*)

Gómez de Monroy

Juan Vázquez

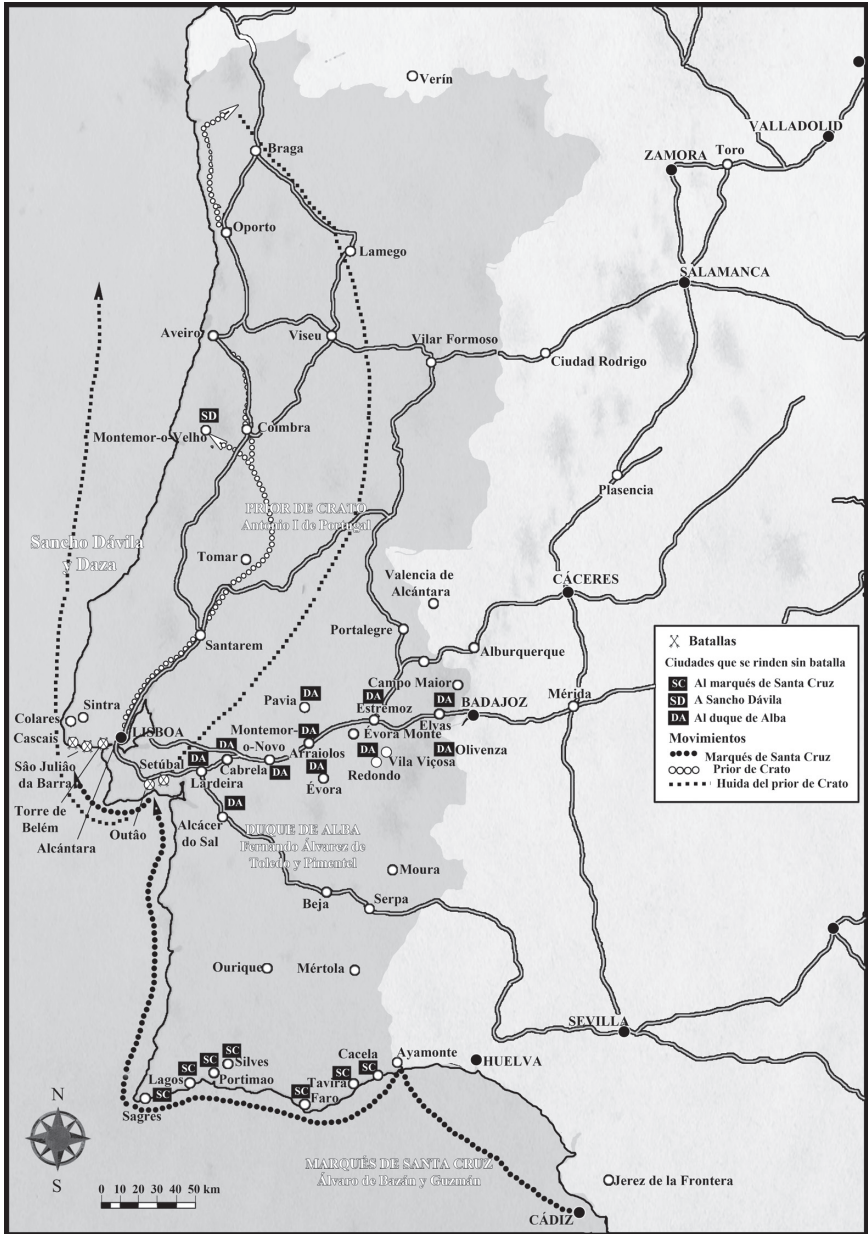
Diego Cubero

Ginés Méndez
Apolonia
Íñigo Sánchez
Rodrigo de Cervantes (*)
Miguel de Cervantes (*)
Juan Delgado
Dalí Mamí (*)
Gabriel
Fernando Abad

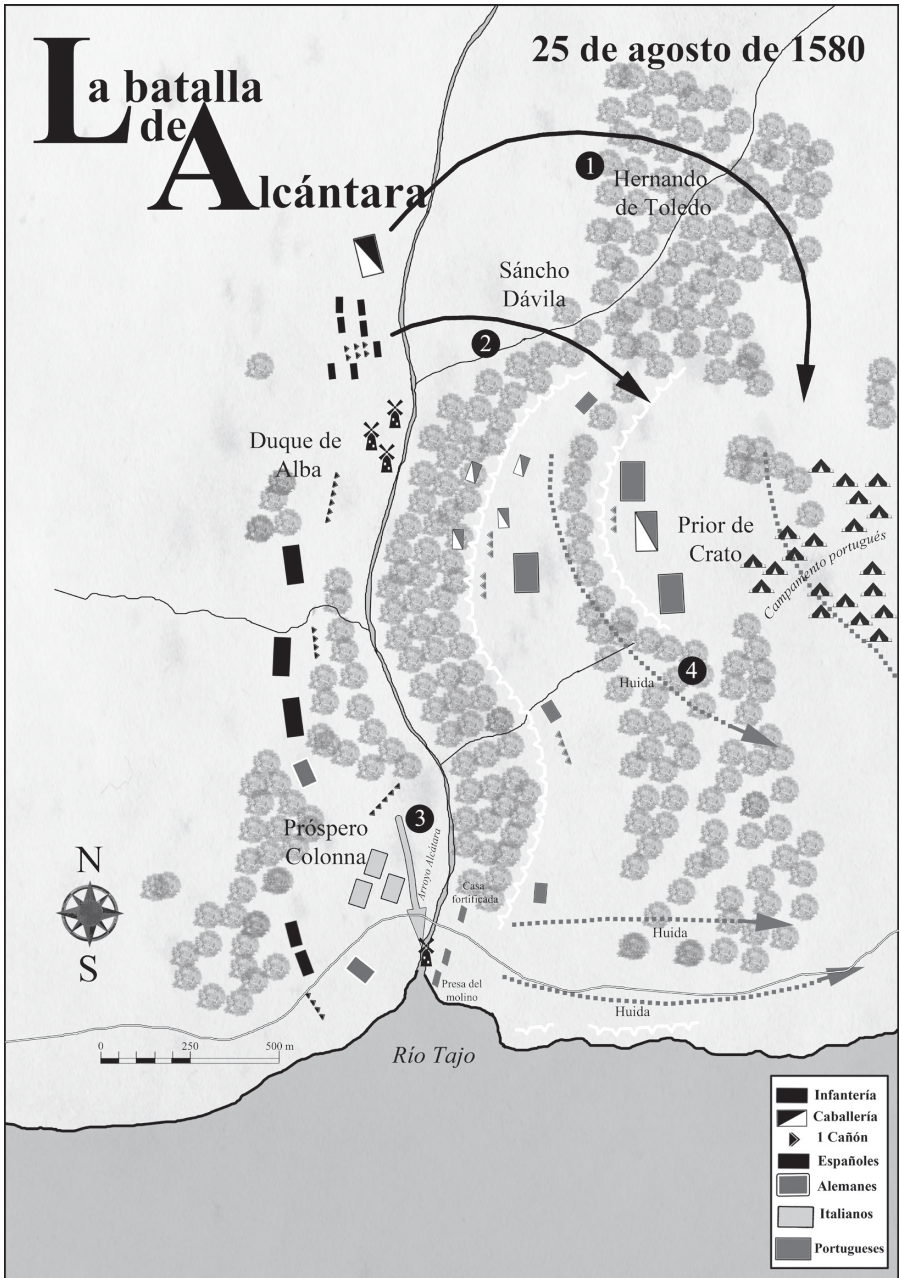
PERSONAJES PORTUGUESES

Ebou
Nyima
Isatou
Musa
Kaddy
Don Antonio, prior de Crato (*)
Afonso Barreiros
Juliana Pires y Meneses
Isabel de Andrade
Don Enrique, cardenal y posteriormente rey de Portugal (*)
Sebastián I, rey de Portugal (*)
Enrique Simões
Cristóbal Freire
Diego Botelho (*)
Damião de Gouveia
João Homem
Tomé Velho
Vicente Godinho
Mendo Mota (*)
Diego de Meneses (*)
Jorge Sequeira

Juan de Portugal, obispo de Guarda (*)
Francisco de Portugal, conde de Vimioso (*)
Lucía Simões
Vaz
Vicente Anes do Canto
Duarte Dias
Familia Nunes:
 Pedro Nunes
 Beatriz Silva
 Pedro Nunes
 Isabel Nunes
 María Nunes



Plano de Portugal con la trayectoria seguida por el ejército del duque de Alba.



Plano de la batalla de Alcántara.

PRÓLOGO

Lisboa, convento del Beato. Mediodía de primeros de diciembre de 1582

Solo, en tierra y cama extrañas y obligado por su rey. Así va a morir el duque de Alba.

Se remueve, inquieto. Tiembla la cama. Un sueño lo tiene atrapado. De repente, abre los ojos. Mirada ancha, gesto grave. Su grito llena la estancia del convento. La luz que penetra por un pequeño vano del muro apenas consigue iluminarla, aunque algo la mejoran la vela encendida en la palmaria de bronce sobre un sencillo escritorio y el fuego de la chimenea. Fuera, el viento ulula con violencia.

El grito sobresalta a fray Luis de Granada, que dormitaba a su lado en una silla.

—¿Qué le ocurre a vuestra excelencia?

Vestido con el hábito blanco y negro de los dominicos, Luis de Sarria, pues ése es su nombre, se incorpora con dificultad. Con casi ochenta años curvando su osamenta, es hombre de aspecto frágil y rostro afable en el que destacan una nariz ganchuda y una mirada sincera y limpia. Desde hace unas semanas, se encarga de ofrecerle consuelo y de prepararlo para el último viaje. Incluso ha comulgado ya tres veces, un par de ellas en ayunas. Casi a tientas, que por un ojo apenas ve y por el otro hace ya tiempo que dejó de ha-

cerlo, logra tomar la mano derecha del duque y se la acaricia con calma.

–¡Alba, mi querida Alba de Tormes! –prosigue el noble desde el lecho, con la mirada perdida–. ¡María, esperadme! ¡Quiero morir a vuestro lado!

–Tranquilizaos... ¿Qué os ocurre?

–¡Avisad a su majestad, fray Luis! ¡Quiero volver a Alba de Tormes al lado de la duquesa! ¡No quiero morir aquí! ¡Imploradle! ¡Necesito hablar con él!

Fernando Álvarez de Toledo está fuera de sí. La gravedad de su rostro asusta. La muerte lleva semanas realizando su trabajo y le queda poco para concluirlo. Para desesperación del fraile, hace por incorporarse.

–¡Si no deseáis ayudarme, seré yo mismo quien lo haga!

–¡Auxilio! –grita fray Luis, incapaz de contener al duque.

La puerta de la estancia se abre y deja paso a un hombre delgado, de cara estrecha y fina, perilla y barbas bien cuidadas y ojos grandes y serenos. Hernando de Toledo viste de negro y luce una gorra del mismo color de la que apenas se desprende.

–¿Qué ocurre?

–¡Vuestro padre está descontrolado!

–¡Necesito volver con los míos! Mi presencia aquí ya no es necesaria. ¡Fray Luis, hablad con su majestad, por el amor de Dios! ¡Convencedlo de que me deje regresar!

El bastardo abraza a su padre y le susurra breves palabras al oído. Así parece atemperar su ánimo, y fray Luis de Granada suspira aliviado. El duque vuelve a tumbarse en el lecho y cruza las manos sobre una manta basta de lana. Mira a su hijo como quien mira a un extraño.

–Calmaos...

La voz del fraile suena cálida, tranquilizadora.

–¿Qué llevo aquí? ¿Más de un año? He pasado de curar a los apestados y de licenciar al ejército, lo que no correspon-

de a un general, a quedar olvidado por su majestad. Ya tiene el reino que le prometí y, sin embargo, no me deja regresar con los míos. ¡Decidle que venga a verme! ¡Necesito hablar con él! ¡Es urgente!

–Su majestad es una persona muy ocupada... –trata el fraile de disculpar al rey.

Hernando de Toledo se apoya en la pared. Le duele ver a su padre tan desvalido. Y lo que pide, sabe, es una misión de difícil resolución.

–¡He renunciado una y mil veces! No hay hombre que no se pregunte qué hago aquí yo estando ya el rey en su reino. ¿Y qué hace? –El duque de Alba tose con violencia. Se queda callado un instante y mira al techo mientras se recupera del esfuerzo–. Me da las gracias por los servicios prestados, pero no me puede dejar marchar. Le soy muy necesario aquí. Eso dice... –Esquina la mirada buscando al fraile–. ¿Por qué es tan cruel conmigo?

Pronuncia las palabras con tal rabia que ésta queda cincelada en su rostro. Su voz ya no es de este mundo.

–Me odia, fray Luis.

–No deberíais hablar en esos términos. Es paz lo que necesitáis, no más congoja para el alma. Además, ya sabéis que los designios de los reyes, como los de Nuestro Señor, son inescrutables.

El comentario despierta una risa irónica en el duque de Alba que cesa con un nuevo ataque de tos. Luego, mira con fijeza al fraile y dibuja una sonrisa de la misma naturaleza.

–No, fray Luis. No tienen los sentimientos donde los demás los tenemos –confiesa hastiado, con una mirada vacía de vida–. Reyes... No he tenido más vida que la defensa de sus reinos, los del padre primero como los del hijo después. Cada gota de sangre que ordené derramar lo hice según me dictaba la conciencia en cada momento. Y así me lo paga. No tuvo bastante con desterrarme a Uceda. Éste es el

verdadero castigo... –De repente, zambullido en sus pensamientos, parece consumirse–. Quiere que muera lejos de los míos, enfermo y cansado. ¡Éste es su castigo por servirlo de manera leal durante tantos años! ¡Ya veis cómo me paga tantos y tantos años de lealtad! Quise recuperar mi honra, morir satisfecho por el deber cumplido, evitando el deshonor de hacerlo olvidado, siendo poco menos que unapestado. ¡Y éste es el premio de su majestad!

Su mirada adquiere de nuevo brío, como una caballería a galope sin importar lo que tiene que afrontar.

–¡Yo no quiero ese premio para mí! ¡Soy Fernando Álvarez de Toledo, su mejor general! ¡Merezco más de lo que me ha sido concedido hasta la fecha, que es nada! ¡Traedlo ante mi presencia, fray Luis! ¡Suplicadle! ¡Si de verdad vuestra merced quiere que muera en paz, hacedlo venir!

–Dadme tiempo, vuestra excelencia.

Con un gemido, fray Luis de Granada se incorpora. Suspira. Maldita hernia que le impide caminar con normalidad. Antes de abandonar la estancia, se vuelve un instante. El duque está mirando al techo, con las manos de nuevo cruzadas sobre el pecho. Su voz es propia de quien ya ha hecho todo lo que tenía que hacer entre los vivos:

Verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Una vez fuera, Hernando y él suspiran a la vez. El viento azota con fuerza el patio del convento.

–Ya habéis oído a vuestro padre. Escribid a su majestad. Necesita verlo.

–Como si eso fuera tan fácil... –ironiza el otro.

–Sabéis de sobra que se muere, y no lo hará en paz al menos hasta que hable con él.

Hernando de Toledo chasquea la lengua.

–¿Creéis que eso le importará a su majestad?

–¿El qué?

–Que mi padre muera.

–Él tiene gran parte de culpa de que nuestro rey Felipe lo sea también de estos reinos.

–Pero eso fue lo que se le encomendó. Recordad que lo rescató del destierro para eso.

El fraile se queda pensativo por un instante.

–Puede ser... Pero no se podrá negar a hablar con un fiel servidor suyo a punto de encontrarse con Dios.

–Insisto, mi padre le importa una higa al rey –resopla Hernando, mirando con gravedad a su interlocutor.

–Pedídselo. El Señor os iluminará.

Hernando de Toledo no contesta; se aleja con rapidez, acompañado únicamente del eco de sus pasos. Ya solo, fray Luis de Granada se vuelve y observa la puerta de la cámara en la que el duque de Alba se muere. Todavía confía en que lo haga en paz.

–Señor –susurra, implorante–, no permitas que este fiel hijo tuyo muera con la congoja que lo asfixia. Haz que su majestad satisfaga esa voluntad que tanto desea.

EL REGRESO DEL SOLDADO

«La gran ambición es la pasión de un gran personaje. Aquellos dotados con ella pueden realizar actos muy buenos o muy malos. Todo depende de los principios que los dirigen».

Napoleón Bonaparte

Capítulo 1

La hora de la decisión

Madrid, sala de la Bóveda del Real Alcázar. 22 de febrero de 1580. Primera hora de la mañana

Por dinero o por las armas. Ésas son las dos vías por las que Felipe II pretende convertirse en rey de Portugal.

De ser por la segunda, ¿por qué no recibir unos versos como los que el sevillano Fernando de Herrera dedicó a su hermano don Juan de Austria tras la batalla de Lepanto?

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del mar al enemigo fiero.
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.

—¿Y por qué no merezco yo algo así?

Se lo pregunta esa fría y grisácea mañana de febrero mientras contempla por un ventanal la extraordinaria vista del río Manzanares y la Casa de Campo. Al fondo, los picos cubiertos de nieve, la sierra de Guadarrama.

—¿Los habéis escuchado?

Su secretario personal, Mateo Vázquez de Leca, lo mira extrañado.

—¿El qué, vuestra majestad?

—Los versos que acabo de declamar.

–Lo siento, no tengo el gusto... –se disculpa, encogiéndose de hombros.

–Ay... –se lamenta el monarca, un tanto molesto–. Sé rey para esto, Felipe...

Sentado ante un escritorio, Mateo Vázquez de Leca espera el mejor momento para leerle la carta que tiene entre manos. Sin embargo, el rey lo ha reclamado con urgencia a la Sala de la Bóveda, donde suele reunirse regularmente con él, por otra misiva. Cree conocer el contenido de la que el monarca ha recibido, así como el efecto que causará la que ha traído consigo. La suya es lo más parecido a una pelota de esmeril impactando contra una armadura para, a continuación, segar arterias y venas o amputar cualquier miembro.

«¿Se lo digo ahora o no se lo digo? Claro que cualquiera le dice algo después de la contestación dada. Basta con mirarlo para cerciorarse de que no está de buen humor...». La carta le quema las manos.

Viste medias calzas de color negro que le llegan por encima de las rodillas. La lechuguilla aparece por encima del cabezón del coleteo, sobre el jubón. Seco y de buena altura, tiene el rostro anguloso, barba oscura, mirada de ratón y frente ancha y despejada. No pocos rumores aseguran que nació en Argel de madre cautiva y padre desconocido, y aun así es uno de sus más estrechos colaboradores y ejerce una enorme influencia sobre el rey. Diestro con la pluma y dueño de una excelente caligrafía y mejor organización en el trabajo, sus enemigos aseguran que se ha granjeado la confianza real por decirle siempre lo que quiere escuchar.

«Pues va a ser que esta vez no le hará ninguna gracia lo que le tengo que decir. Pero ninguna. ¡Y esa manía suya de hablar tan bajo!», prosigue para sí mismo. «Qué versos ni qué versos. Ya esta distancia, con ese tono de voz, ¡una quimera!».

–Pues deberíais –insiste el rey con tono enojado, y el enojo también le tiñe la cara. «Pues si esa carta ha enfadado

a vuestra majestad, esperad a conocer ésta que tengo entre manos...».

Felipe II resopla mientras da pasos cortos por la estancia. Hay una cama, una mesa de nogal, una escribanía con plumas, cuchillo y tijeras, cuatro escritorios –ante uno de ellos está sentado el secretario–, dos taburetes acolchados y un banco de pino. También dos esteras y un encerado con dos vidrieras. En el techo, sobre la cama, hay pintados diversos lienzos de Flandes, y con el mismo tema se reparten ocho cuadros a ambos lados de la sala.

–Que no quieren que lidere el ejército. –Muestra al secretario la carta–. ¿Lo podéis creer?

Mateo Vázquez de Leca asiente y calla. El rey sigue moviéndose enfadado, con paso enérgico. «Ay, madre, la que se va a liar en cuanto le lea la que ha llegado esta mañana...».

–Si así se lo aconsejan a vuestra majestad, por algo será.

–Por algo será... –refunfuña el monarca–. ¿Y para qué soy rey, entonces? ¿Es que mis pensamientos no se tienen en cuenta?

Entre ellos se instala un silencio incómodo. El secretario escucha el canto de un pájaro y el relincho de un caballo mientras observa cómo el rey continúa paseando con gesto pensativo. O quizá preocupado.

«Al final no va a tener más remedio que dar su brazo a torcer. Pero, claro, quién se lo dice... Menos mal que el secretario de Guerra sí se ha atrevido».

–Primero Antonio Mauriño de Pazos, presidente del Consejo Real. Luego, el consejo al completo... Que si guardaos vuestra majestad del cansancio, que si cuidaos de los malos alojamientos y del trato directo con la tropa indisciplinada...

–Felipe II deja la carta sobre la escribanía, a la vista del otro–. Y ahora esto. Leed, leed –le pide señalando una línea.

–«El Consejo considera que la mejor persona sería...».

–Y esto –señala un par de líneas más abajo.

–«Sobreponeos al desdén que le tenéis...».

–Me piden que me sobreponga... –repite, soliviantado–. ¡Y desdén! ¡Desdén, yo! ¡Lo que hay que leer! –Regresa a la ventana.

«Quizás ahora sí que sí...», Mateo Vázquez de Leca se arma de valor.

–Son muchos los que lo desean. Vuestra majestad debe hacerse cargo. Esperan una decisión. ¿O acaso es que no queréis ser rey de Portugal? –pregunta, tomando la carta entre sus manos.

–Ya veo por dónde queréis ir... –le responde el rey sin mirarlo. Sólo tiene ojos para lo que divisa a través del ventanal.

–Además, esta mañana...

–Don Cristóbal de Moura está haciendo todo lo posible –lo interrumpe–. Confío en que resuelva la cuestión de la corona lo antes posible.

–Sabéis que no pongo en duda sus méritos ni sus habilidades –el secretario conoce de sobra al personaje: hábil, dialogante, intrigante y listo; extremadamente listo. Y también la cantidad de dinero que está empleando para ganar voluntades y doblegar resistencias–, pero ésta es una cuestión para alguien...

Felipe II se vuelve hacia él con gesto irritado. Como si lo hubieran asaetado en un lugar tan doloroso como vergonzante.

–Como él, ¿verdad? ¿Es ahí donde queréis llegar?

«Y sin decir su nombre. ¡Ay, madre, cuando lo mente...!», da vueltas el secretario.

–El duque de Alba está bien donde está. –El rey eleva el mentón y mira hacia el frente–. Desterrado.

–Tenéis poderosas razones para pensar así, pero reflexionad acerca de por qué tantas personas aciertan en el mismo nombre.

–¿Y por qué yo no?

«Y dale al torno, Perico...». Mateo Vázquez de Leca se traga el suspiro contrariado que muere en su boca.

–¿Acaso queréis acabar como vuestro sobrino Sebastián?

–En lo de mi sobrino tenéis razón. Si me hubiera hecho caso, ahora yo no tendría este problema. –El monarca baja tanto la voz que al secretario se le hace difícil entenderlo–. Pero no lo hizo.

Su católica majestad se refiere a la sucesión de la corona portuguesa tras la muerte sin descendencia del rey Sebastián dos años atrás, y, luego, ese mismo año, a finales de enero, de su sucesor, el cardenal Enrique. Viejo y sin posibilidad alguna de engendrar descendencia –la naturaleza es la que es–, ha dispuesto que un consejo de regencia formado por cinco gobernadores se encargue de manejar los destinos del reino. Y cinco candidatos ya se han postulado. Él es uno de ellos.

–No quiso dejarse aconsejar. Le pudieron su juventud y sus ansias de gloria. Vuestra majestad, en cambio, no necesita tal cosa para ser rey de Portugal. Tenéis a vuestro servicio a gente que os servirá siempre con lealtad. El duque de Alba, por ejemplo.

–¡Cuántas veces se lo advertí aquella Nochebuena en Guadalupe hace cuatro años...! –prosigue Felipe II, haciendo caso omiso de las palabras de su secretario–. Que dónde iba. Dios sabe que intenté quitarle de la cabeza por todos los medios sus ansias de aventuras en el norte de África. ¡Hasta ese entrometido del prior de Crato se lo advirtió! ¿Y ahora? –Lo mira–. ¿Qué es sino huesos que en nada se convertirán en polvo? Alcazarquivir, Alcazarquivir... Ésa fue su tumba.

–Pero ahora la situación está como está. –Ante la mirada neutra del monarca, Mateo Vázquez de Leca comienza a enumerar con los dedos de la mano derecha–: Un rey anciano

muerto sin descendencia, un acuerdo suscrito por don Enrique antes de morir con don Cristóbal de Moura para transferirle la corona portuguesa, siempre que vuestra majestad respete las instituciones del reino, y un bastardo que hace valer su derecho de ceñir la corona de Portugal por ser, como vuestra majestad, nieto de Manuel I, a quien Dios tenga en su gloria... –Hace una pausa para comprobar el efecto de su análisis en el rostro del rey. Tan impasible como de costumbre–. Sabéis tan bien como yo que el duque de Alba es vuestro mejor general. Viejo, es cierto. También cansado y enfermo. Y caído en desgracia, no hay que olvidarlo... –recalca estas palabras–. Pero no hay nadie mejor ni más respetado entre los soldados para manejar este asunto.

–Está desterrado. Desobedeció mis órdenes –insiste el monarca, enrocado.

Por fortuna para el secretario, Felipe II no despega la mirada del ventanal, por lo que cree que no ha visto ni escuchado su resoplido de resignación. O sí, porque de repente se vuelve hacia él con una expresión hostil, de así que ahora desembuche lo que se quiere guardar. Su mirada añil gélida no hace prisioneros.

–¿Por qué no queréis compartir conmigo lo que estáis pensando?

–Vuestra majestad...

–Vamos, don Mateo. Un poco más y levantáis las hojas de la mesa de lo fuerte que habéis resoplado.

«¡Vamos, Mateo! ¿Acaso no eres su secretario personal? ¡Pues a decirle las cosas claritas!».

–Si deseáis ser el nuevo rey de Portugal, como así lo quiere Dios, deberíais acelerar este asunto. Cierto que don Cristóbal está realizando un trabajo encomiable, pero es hora de poner en marcha la vía militar. Todos quieren a don Fernando Álvarez de Toledo como general de las tropas que han de entrar en Portugal, pues nadie sino él es capaz de alcan-

zar lo que se proponga. No lo digo yo, vuestra majestad, que bien me conocéis, sino el presidente del Consejo Real. Lo acabáis de leer.

Calla para comprobar la reacción del rey. Éste lo observa con interés.

–Vuestra opinión –insta al secretario a ser más claro. Por mirada, una insistencia celeste.

–Lo necesitáis. –Lo dice convencido, sin pestañear.

–¿Eso pensáis?

–Conocéis de sobra que las tropas están dispuestas y la flota, lista para partir. Dilatar la situación daría ventaja a vuestros rivales a la hora de ganar apoyos. El duque de Alba espera en Uceda. Recordad que ya le encargasteis, tanto a él como al marqués de Santa Cruz, que pensarán cómo capturar Larache. Además, sé que ha aprovechado estos meses para desarrollar un plan con el fin de entrar en Portugal y asegurarse una campaña rápida.

Molesto, Felipe II gruñe. Reanuda su deambular por la sala con las manos a la espalda.

–Lo pasado, pasado está. Portugal necesita estabilidad, un rey fuerte y poderoso, y vuestra majestad ansía ese reino. Conseguirlo o no significa ganar o perder el mundo. De ser así, tres de las cuatro partes del mundo estarían en vuestras manos. Seríais rey de España, de Portugal. –El secretario hace una pausa premeditada–. Del mundo. Pero debéis tomar una decisión de manera inmediata.

–Si no fuera por ese metomentodo del prior...

–La ambición trastorna a quienes no están llamados a ser lo que pretenden.

–Hombre, bien de la cabeza, lo que se dice bien... –El monarca se permite esbozar una sonrisa–. Que ese hombre vino en su tiempo a palacio pidiéndome ayuda por los pleitos que mantenía en su tierra. Eso sí, gracias a eso pude conocer bien los asuntos privados de la corte portuguesa...

–Vuestra majestad es el legítimo heredero del trono, vuestros son los derechos. Y por eso es preciso que actuéis cuanto antes.

–¿Y si dejara más tiempo a la nobleza portuguesa para que haga su trabajo, como también lo hace don Cristóbal? Muchas de sus principales cabezas están de vuelta junto a los suyos porque yo pagué sus rescates tras el desastre de Alcazarquivir. Me deben la libertad.

«¡La carta, Mateo, y acaba con este asunto de una vez!», se obliga el secretario, harto ya de la intransigencia, testarudez y obstinación del hombre que tiene ante sí.

–No está de más –dice al fin–. Pero, si queréis ser rey de Portugal, el territorio tiene que ser pacificado. Y sólo hay una persona capaz de lograrlo. Insisto, el sentir de vuestro Consejo Real, de sus consejeros, es unánime. Pero debéis decidir ya. El secretario del Consejo de Guerra considera que hay que darse prisa en este asunto. –Cabecea–. Y, hablando de Juan Delgado..., esta mañana ha escrito una carta a vuestra majestad.

El rey lo mira fijamente.

–¿Queréis que os la lea?

–Empezad.

–«Yo con pedir perdón a vuestra majestad de lo que me atrevo a decir aquí, aunque pensaba decirlo de palabra, me he resuelto hacerlo por escrito...».

–Suficiente –ordena–. Sé lo que viene después.

–¿Seguro? –se sorprende Mateo Vázquez de Leca.

–Como si lo hubiera parido, que para eso lo nombré secretario de la Guerra hace cosa de nueve años.

El azul de la mirada de Felipe II ha adquirido una tonalidad más oscura. «¡Las cosas claritas, Mateo! ¡Tú no perteneces a ninguno de los dos grandes bandos con los que siempre ha luchado el rey durante todo su reinado! ¿Acaso no aprecia tu libertad? Pues ya sabes. ¡Sus, y a él!».

–Vuestra majestad sabe que don Juan Delgado es versado en temas militares como pocos. Por tanto, si ésta es su opinión, quizá deberíais tenerla en cuenta.

El rey se acaricia la barba y compone un gesto pensativo.

–Aunque no son pocos los que, de manera maledicente me acusan de rencoroso, no suelo serlo, don Mateo. Lo que de verdad me importuna es que se desobedezcan mis órdenes, y el duque de Alba lo ha hecho.

–Lo necesitáis –se mantiene firme el otro. «¡Insiste, que ya lo tienes!», se anima, sabedor de que la reticencia real obedece al miedo a revivir una guerra de bandos que ya se ha cobrado demasiadas víctimas.

El monarca constata la seguridad esculpida con detalle en el rostro de Mateo Vázquez de Leca. Determinación clara, e incluso obstinación.

–¡Sea! Escribid al secretario de la Guerra –le ordena tras un último instante de reflexión en silencio–. Que sea él quien informe al duque de que debe ir a Portugal y juntar lo que allí se ha de juntar. Y, si ha de espantar, como en él es habitual, desde allí lo hará.

Un alivio infinito invade al hombre que se dispone a tomar nota de las palabras del rey. Por fuera, su rostro se ha vestido de una serenidad relajada al oír de labios reales lo que tanto deseaba escuchar. Por dentro, está experimentando una bacanal épica.

–Así será.

–Después ya decidiremos cuándo iré y cuánta gente me acompañará.

–¿Estáis seguro?

–Quiero tenerlo todo controlado. Esta vez no se me escapará ni un solo detalle. –Dicho lo cual, Felipe II regresa frente al ventanal, donde permanece en silencio un buen rato con los brazos cruzados–. Eso sí, que don Juan le diga al duque que se olvide de...

El secretario anota las palabras que el rey le está dictando y que hará llegar de inmediato a Juan Delgado, secretario del Consejo de Guerra, en cuanto regrese a su despacho. Todos le han pedido que deje de lado el desdén que siente por el duque de Alba. Pero, por las palabras del rey, a Mateo Vázquez de Leca le queda claro que eso no sucederá. Por la manera de hablar, todavía le dura.

Se alegra por Fernando Álvarez de Toledo, y a la vez siente temor por él. Una duda que se empeña en enterrar en lo más profundo de sus pensamientos, pero que sale a flote una y otra vez: ¿estará en condiciones el duque de Alba de aguantar una campaña como la que se está fraguando en la frontera con Portugal?